

“ÓXIDO”

Itinerario en tránsito.

¿Señor, qué idioma hablan los muertos?

¿Los que vagan por el nimbo azul?

¿Los que están por nacer?

¿Los suicidas?

Señor: ¿es verdad que los suicidas sufren hasta el final del tiempo?

¿Qué idioma hablan los suicidas?

¿Cómo gritan sus lamentos?

¿Señor, dónde esperan el juicio final los muertos?

¿Dónde vagan los que sobornaron con velas a una imagen de yeso?

¡Sí!, esos que gritaron: ¡El juicio final existe!

Y ahora no existe nada más que el tiempo.

Señor: ¿Es verdad que desde entonces navegan furiosos por el cosmos?

asaltando planetas, violando destierros.

¿Y ahora?, ¿Qué haremos cuando estemos muertos?

Prontos; asaltando planetas, violando destierros.

Por eso Señor, ahora sin cielo ni infierno.

Dígame. ¿Qué idioma hablan los muertos?

-Epitafio:

Aunque ciertamente este rincón esta húmedo.

Los incendios de mi pecho me hacen brotar en el aire,

limpio de horarios en mi humano territorio,

acecho las horas en la suspensión del tiempo.

Estático

Disemino azufre y pólvora,
disperso recuerdos en los cuerpos celestes.
Reparto piedras azules mano por mano: ¡Yo existo!, ¡Estoy vivo!
Sin fabricantes de días rápidos.
Sin desperdicio: ¡estoy vivo!
Nazco a los pies de cada nube, sin nada que sobre,
poseído por la risa y la locura incorregible,
cargado de salvas de anhelos destemplados,
disparando arteralmente, a mansalva.: ¡Estoy vivo!
Y atravieso futuros de hambre, de carne inexpugnable, me río.

-Trance:

Con la honda perfecta,
rompo ídolos de escayola,
con proyectiles de alquimia,
de mi magia predilecta.

Aún estoy acá; con ustedes.

Me muevo.

Me desenredo de mi ósea estructura,
me alzo sobre la sepultura,

Los escucho:

Entre murmullos se oye: ¿está muerto?

¡¡Sshit!!,,¡¡Silencio!!

¿Mamá por que se murió?

¡¡Sshit!!, ¡Se suicido, niño! (y que no se te ocurra hacer lo mismo)
Porque los suicidas van al purgatorio y sufren por siempre, ¿Oíste?

Me río...

Y entre cada carcajada, cabalgo en el aire.
Un poco más arriba de sus cabezas, sin remordimiento.

Me río...

Asombrado...

Extasiado de lo que veo.
Un poco más arriba de sus miedos, sin remordimiento.
Me rio, y escucho antes de seguir: ¿Mamá, cómo se suicido?

¡Se ahorcó, con una cuerda que caía del cielo!

Espiral del extravío

¿Señor, me alcanza ese hueso?
¿Sabe? Es de mi padre, él murió hace años.
Tantos que las edades ya tienen dimensiones borrosas,
Se desdibujan en el tiempo.
...pero es de antes que las bestias me acompañan.

Todos sus sitios son ahora míos.
En mi alma ni una llaga, señor.
Solo una vaga idea del dolor surcando mi rostro.
Todo es efímero, como este viaje, como este momento y este lugar.
Pero lo que tenía que decirle señor: Es que existen niños al borde del abismo.
¡Sí señor!, del abismo; ese concepto de pérdida irremediable.

Tú eres un niño señor.
Señor de ti, de tu aliento.
...Tú eres tu peor enemigo señor.

...juguemos señor.

Juguemos a que tú eres tú...

Y que ese hueso que se deshace en tu mano,
es de mi cuerpo.

El hierro del tiempo

Las muelas del tiempo muelen el día,
en la agonía del hierro,
mascando soledad amenazada,
inaccesible.

Los engranajes de cada hora rechinan, se quejan,
y el reloj resopla como animal cansado,
aplastando los instantes de un cuerpo gimiente,
descargando ansiedad pulverizada en sus alaridos.

Las muelas se abaten aplastando anhelos,
desesperanzas recónditas de cuerpo ajeno.

Mientras, busco la frontera entre las piedras que sellan el horizonte,
inmisericorde a los quejidos del ciclo agonizante,
a las visiones de asteroide perdido.

Crepuscular inverso

En el dolor frío.
Frío de adentro, inmóvil.
Sin manos.

Ellas...machacadas por aéreas y rápidas piedras.

Desterradas del dulce sabor del pecho lleno y seguro.

Echo de menos. No sé, echo de menos.

Abre tus ojos de espejo por los míos,
entrégame mis llaves de días luminosos,
de enredaderas de estío,
de corazón rebosante de vino tierno.

Devuélveme la copa de los ensueños.

El final del día

Gritan mi nombre en el cielo azul del nocturno cielo.

Me rebelo de la herrumbre.

Tengo la humedad del universo en la boca.

Soy nevadura eléctrica,

soy velocidad.

Nómada de siglos y planetas,

soy animal fabuloso,

soy criatura alucinada.

Dueño de mi risa y de mi luz.

Dueño de mis sueños desesperados,

soy la nube de ojos brillantes,

soy el orfebre de joyas de tiempo.

Dueño de los árboles y la lluvia,

dueño de la tierra de mis pasos.

Soy un alma en maravilla

Una llama incandescente del día cegador.

Caleidoscopio

Los recuerdos se extienden a tomar el sol.

En el atardecer de la memoria,
el éxtasis sonríe abrazando al olvido.

La vorágine de los días se alimenta de sí misma,
en un cortejo de carne, sangre y visiones de futuros caídos.

Las antorchas del atardecer combaten exhaustas la noche eterna y absoluta.

Los recuerdos se encogen ateridos a la luz de mi lámpara,
se acurrucan cálidos en mi mente caleidoscópica,
en sucesiones de imágenes que vagan murmurando,
la canción del nuevo día.

Creación

Tengo dentro de mí todo abril.
Todo es primordial como el otoño desnudo.
Me desprendo de lo estéril,
soportando el placer a dentelladas.
Hirviente y erguido atormento el cansancio,
que estalla enloquecido en los muros pálidos.

¿Qué es lo que causa tu insomnio?
Es una pregunta sin lengua.

Ya invencible.

Engullo una manzana dorada del sol,
dejo los trapos sucios de lo antiguo,
limpiando la oscuridad de las ventanas empañadas,
de la grasa espesa de las certezas.

Lluvia

Un espilonazo de luz desgarrar la atmósfera plúmbea.

Abre su mirada sombría, de claridad opalina.

Un haz iluminado de átomos incandescentes rompe el firmamento,
sobrevolando cenizas de horizonte antiguo, ancestral.

El lenguaje gris de los truenos,

clama humedad a la bóveda del cielo.

La tierra se abre como fruta descarnada,

herida de relámpago bruñido.

Jinetes de viento azotan árboles estoicos,

hombres de madera resoplan ramalazos frenéticos,

mordiendo la lluvia esplendente de vida,

voraz de barro fértil,

de cadáveres de insectos astillados.

**Persecución alucinada a las últimas briznas de sol, antes de ser devoradas
por mi imaginación.**

El tiempo no corre detrás del sol.

El tiempo desnudo se deshace entre los ojos del infinito.

En mi esfera... máscaras trisadas miran sin ver desde el arenal del tiempo,

baldío territorio,

está colmado de cuerpos calcinados por la esperanza,

repleto de almas emborrachadas de obsesiones,

de espíritus perdidos en el miedo y sueños desfigurados.

Ahora yo; quiero que el león venza al dragón.

(En el desafío permanente del hombre que enloqueció de sí mismo).

que el aquí estoy se viva en el acero de mis anhelos,

que mis manos pidan perdón por no sentir más,

que mis ojos se extasíen de cañaverales de formas,

que mi mente estalle en el ensueño.

Y mientras los disfraces se secan como las mariposas muertas en la tierra,

camino pasos de siete leguas,

ascendiendo al cenit voraz de la imaginación.

Crónica del doble opuesto

Como flamas meteóricas caían del cielo.

Con los primeros hombres en su vientre,
náufragos ansiosos de tierra.

Como flamas meteóricas cayeron trazando surcos largos como horizontes.

Y apenas vencieron el sueño milenario que pesaba en sus mentes,

Abrieron los ojos en la maravilla de su propio origen,
explorando las infinitas posibilidades de la génesis,
consumando razas inimaginables.

Miraron, descubrieron y la pusieron nombre a las cosas.

Escarbaron la tierra, construyeron ciudades con las manos.

Pero empezaron a sentir que la herrumbre les sitiaba el corazón,

y una angustia desconocida los sorprendió desnudos,
levantando monumentos para combatir el olvido,

Inventando dioses para lavar sus almas,
escribiendo la historia para luchar contra los siglos.

El universo no giraba a su alrededor.

Y no quisieron creerlo hasta que cayó la noche,

Las primera y más larga que verían.

Entonces una lluvia cósmica comenzó a caer sobre sus miedos.

Venían del firmamento,
estrellándose a su alrededor,
como flamas meteóricas caían del cielo.

Kocmoce

Todo lo que ud. mira es real, tan tangible como Ud. mismo.

Estas imágenes son de uno de los reinos de mi imperio.

Y aunque Ud. Crea que no es racional,
hábito aquí, tan concretamente como estoy acá.
Solo que Ud. todavía no ha hallado sus fronteras.

Este es mi reino.

Aquí vuelvo después de cada viaje y,
registro en los ojos los planetas del destierro.

Aquí hábito con mis muertos, con suicidas,
Y con aquellos que aún no han nacido.

¡¡Nosotros construimos esta ciudad!

Aquí el espacio tiene un orden propio,
y el tiempo es modificado de manera sensible,
por la alienación de la esperanza.

Así, premeditadamente cruzo los umbrales de su tiempo-espacio,

Ese que Ud. conoce,
ese en el cual se encoge,
y me desenredo de mi ósea arquitectura
...corto el cable a tierra,
y me precipito al azul profundo del universo.

**La desintegración de la luz,
segundos antes de desaparecer en la boca del tiempo**

Territorios de luz y tiempo.
Alas irrenunciables en el estío del cuerpo.
Pareja inseparable en la captura del día.
Sortilegio que despoja los harapos de la melancolía.

Luz orbital, aferrada a la ficción de las formas,
fragmentándose en los punteros del reloj,
desgarrándose del prisma de la existencia.

La luz anegada de derrota estéril,
se hunde en las fauces del horizonte.
Su sacrificio se expande en hilos del fuego,
que desaparecen en la agonía del atardecer.

El tiempo equinoccial observa desde su atalaya,
El inmemorial exilio de la luz,
del destierro dormido,
de la muerte de los sentidos.

El cortejo cósmico aniquila el acto nupcial del sol,
que desaparece en la sonrisa voraz de la eternidad.

Yo soy el que cruza el umbral del tiempo, subo y me incendio.

La embriaguez de la luz

Sitiado al borde del universo,
reflejado en su estanque infinito,
me espero detrás de su espejo.

Solo mis párpados son los umbrales del infinito desguazado;
del destello moribundo de sus estrellas pretéritas.

Solo mis ojos ven el olvido de la génesis,
solo mis ojos ven la refracción de la luz.

En su ocaso,
en su dicha embriagada de resplandor,
en el agua incendiada del cielo.

La furia y la gloria

De lunes a viernes pierdo mis alas.
abandonado en la esterilidad de lo oportuno,
yerro por el tiempo metódicamente,
disfrazado de esclavo,
atado al miedo.
Soy un ser pusilánime extraviado en la multitud.

Lejos del juego.

Ajeno a mí mismo,
ya no soy un hombre.
Privado de la desnudez del día,
de la furia de la imaginación,
de la gloria de los anhelos.

Atrapado en el horario de oficina,
de la sobrevivencia controlada y segura.

Esa que Ud. teme, pero desea....

Tanto como sus alas...

Esas que extravió....

...con el salario del mes.

La voz de la sangre

La luciérnaga herida de la genética,
viaja de mis venas a la imaginación,
azota ráfagas de tiempos vivos,
a miles y miles de kilómetros cruciales.
Ahora, en esta posada de vagabundo,
me sitúo sobre la piedra remota,
para ofrecer en sacrificio la lengua de la presencia,
acosada por el egoísmo de la eternidad.

Más allá de la matanza histórica y su bitácora altanera.

Más allá de fronteras de efeméride.

Más allá de de la soledad esencial del registro atávico.

Navego por los mares sangrientos del norte,
cabalgo por llanuras doradas de sol,
abrazo el filo del hacha primordial,
encendiendo piras para apuñalar la noche de los tiempos.

Las ensoñaciones

Susurrábamos algo misteriosamente,
algo de un tiempo de muchas sonrisas,
de cuando una mano aprieta a la otra,
de cuando una mirada sostiene a la otra.

Vagamos por la trastienda de la cautela,
refugiándonos de ironía blindada,
de cuando las certezas inflaman la esperanza,
de cuando la mirada ahoga el grito.

Era un soplo delicado,
como todos los misterios de la infancia,
de cuando las puertas crujían en el pecho,
de cuando me unía tú boca a la mía.

Mi ciudad azul

Mi ciudad es azul, no duerme ni me olvida, no es un titán indiferente.

Mi ciudad está cargada hasta las azoteas de sueños y pájaros.

Mi ciudad es azul, iluminada por una luna de catástrofe.

Mi ciudad está en las tierras más altas,
donde solo la alcanzan astrolabios paranoicos.

Ahora, en este exilio milenario, doy gritos de náufrago.

En la cima de esta torre de Babel, recuerdo mi ciudad,
y levanto mis brazos haciendo señales en la noche.

Añoro mi ciudad, mi ciudad azul.

Aunque la amnesia colectiva cierre los ojos de la memoria.

Yo no olvido los días sin crepúsculo.

La recuerdo en el ulular de ángeles aterrorizados.

Aunque el Apocalipsis no existe,
sé que el cataclismo lo llevamos dentro, con nosotros,
y ya no en tí mi ciudad.

Mi ciudad azul.

Noches de estío

Los grandes vacíos líquidos me arrastran suavemente.

Me desgarran con exquisita delicadeza,
en medio de la memoria oxidada.

Mustia

Reciclada

Ya limpia de toda luz.

El blanco límite me traspasa sin velocidad.

Un sendero abierto entre pasto seco y escombros se abre en mí.

Abierto y en silencio.

En medio del silencio.

Siempre un grillo salta antes de mis pasos;
un perro herido me refleja en sus ojos.

Ojos cerrados

Todos los marcos de las ventanas han sido arrancados.

Desde este sitio,

declaro que solo mis parpados serán los umbrales del fantástico infinito.

Un maravilloso son de corazones de sangre ardiente,

se derrama a borbotones,

cubriendo las grietas de mis heridas.

¿No es ya suficiente?

Te respondo que sí:

que mis fragmentos están corroídos por la fricción del mundo.

Les falta amor nos murmurará un espíritu celeste.

¿Acaso, a tí no?

Los espíritus deben marchar, el juego terminó.

Ahora solo necesito un abrazo y un gran beso,

Y mis pies descansarán en el cambio,

Cuando los muros de mi imperio caigan.

Pedazo de cielo

Ahora recojo el azul de la noche de sus puntas y la despliego eterna.

Es un mantel profundo caído sobre la mesa.

Rodeado de gigantes y colosos, de compañeros inseparables,
embisto el confín vidriado,
ahogado en recuerdos de añil deshilachado.

Con el vaso lleno doy comienzo a este viaje.
Trance líquido por mis provincias embriagadas,
diluida mi sangre lívida, agitada.

En lenguas extrañas revelamos el ayer,
construimos ciudades perfectas,
elegimos laberintos de futuro,
y revisamos la crónica de lo que nunca existió.

En el sitial más alto.
Nos coronamos reyes del sol, el sudor y la lujuria,
hijos del relámpago y el rayo.

Desvastamos muros olvidados,

y nos paseamos por regiones transparentes.

Con alas en los ojos,
nadamos en el aire,
por territorios de extravío y de niñez,
de locura abrasadora.

Así, Curados en luz;
retornamos al destierro de la razón,
contemplando a las horas convertidas en cadáveres espléndidos.

Herido y satisfecho,
devuelvo la noche regada de nuevas estrellas,
enmudecidas,
cumpliendo el pacto de silencio eléctrico.

Puerta de locos

Puerta de locos, espanta cuerdos.
En este umbral, refugio de los desesperados,
la realidad,
enajenación del alma no pasará.

Entrada de locos.
Paso obligado para seres sin remordimiento.
No hay olvido para genios desconocidos.
Última frontera de equilibristas de alma,
de aprendices de brujos.

La entrada de locos.
Última oportunidad para ángeles caídos,
para almas sitiadas del óxido cerril de lo cotidiano.
Portal visionario de manos cegadas.
Auditorio de profetas, devas y payasos.
Excusa sublime de saltos al vacío,
de acrobacias de corazón herido.
Refugio y fortaleza de ensoñaciones frenéticas.

Portal de piedras azules,
de talla surrealista,
puerta de luces extraviadas.

Dios devorador

¿Te sorprendes de tu primer día de locura desolada?

Que en el amanecer del mundo vomitaste de furia

La mezcla espuria de hierro, almas y sangre.

¿Te sorprendes?

¡Sí son planetas!

¡Sí son hombres!

¡Sí, tú eres su creador!

Dios te llamaran

Te adoraran los pequeños seres

Invadiendo tú soledad

Tú silencio de eras

¿Tu sorpresa se mezcla de horror pequeño dios?

Dios serpiente emplumada te invocaran

¿No quieres más corazones?

¿No quieres más sangre?

¿No quieres vomitar más vida?

El círculo de la historia o el fin de una anécdota temporal

¿Recuerdas como lentamente te fuiste deshaciendo?

¿Recuerdas como lentamente te sumergiste?

¿Aunque era temprano?

Aunque millones de manos te hacían crecer día tras día.

Y ahora todo es un soplo en el tiempo.

¡Orgullosa!, creías que todo pasaba por ti,
que después no habría más que ignorancia.

Y ahora otros te creen a ti bárbara,

¿la ironía del ocaso?

Y ahora tu única inmortalidad es la de los museos.

Y tu única identidad es la de una ficha técnica,
tan delicadamente impresa sobre el acrílico,
donde yacen tus soberbios señores:

Expuestos desnudos a la miseria de la muerte.

Expuestos a las miradas curiosas por un aporte voluntario.

Expuestos a las miradas de los habitantes de otro imperio.

Que creen ciegamente que no les ocurrirá lo mismo.

Que después de ellos no habría más que barbarie,
que todo pasa por sus ojos.

Y millones de números la hacen crecer día tras día.

¿Recuerdas Wall Street?

Recuerdas que lentamente te fuiste deshaciendo, lentamente desapareciste.

Sobrevuelo al aire

Por encima del mar y de las nubes.
Más allá del sol en la frontera de la noche.
 Más allá del agua del universo,
 y su confín de estrellas perdidas
Tu espíritu se mueve con pequeños signos,
 espasmos de fricción en el aire.
 Surcas la inmensidad profunda,
 dejando huellas en las ondas.
 Te elevas en el espacio sublime,
 Desapareciendo lejos del miedo.
Bebes la ambrosía de la indiferencia,
 vino feroz de olvido inalcanzable.
Detrás del hastío y la pesadumbre,
 de la oscura herrumbre,
 flotas sobre la esfera,
atravesando las regiones transparentes,
 sepultas la sorpresa,
 con la novedad de la madrugada,
 con perfumes de vino,
 con la boca entreabierta.

Sur

Rompo el fuego:

Disparo gritos de sur alcohólico

Contra idólatras de cruz y cofradía,

por el niño inmolado en sus humanas incertidumbres.

Vuelvo mis manos y disparo gruñidos de hambre,

disparo invierno devastador,

disparo ríos desbocados,

disparo lluvia herida.

Disparo completamente enardecido a los reyes de la estadística,
coronados de dólares de exportación.

Disparo contra sus sonrisas macroeconómicas,

y les enseño las cicatrices de un país parchado.

Disparo sin descanso mi dignidad insana contra los decretos tuertos,

disparo con toda la furia de las cárceles,

disparo ira de fin de mes,

de fiado de almacén.

Disparo miradas enlutadas en viento,

acribillándolos con sus proyectos-osamentas sociales,

les disparo sus edictos impenetrables,

que pagamos con nuestros cuerpos sumergidos,

en la luz polvorienta de la esperanza.

El ocaso del imperio

Imperio de rumores melancólicos,
sumergido en la tierra por escombros ignorados,
devorador de soles reverberantes,
teñidos de óxido divino.

Inmóvil estampa del mañana,
toda el agua del otoño te lava la cara perdida,
limpia del ocaso y extravío.

Estás viva de piedra y hierro ardiente,
vestida de la eternidad de los muertos,
llegaste y has existido siempre,
en un pueblo que se alimenta en tus restos.

Azar

La verdad es simple:
Nunca debemos dar vuelta atrás
Ni regresar a los mismos sitios.
E, incluso, tampoco a los bares
Aunque nos haya parecido bien,
No es posible y no encontraremos
Lo que allí buscamos. O lo que perdimos.

No hay retorno al pasado,
Como no existe un futuro esplendor.
Yo prohibiría el transcurso del tiempo, o, al menos su azar.

Un día

El ruido de las ciudades gigantescas,
El bullicio de la multitud, su trajín y los semáforos.
Me perturban y me alejan.
Mi espíritu habita en los bosques, en la lluvia y el ocaso.
Donde en el silencio me cubre y arrulla.
Aguzo el oído para escuchar la música de voces invisibles,
Donde el reloj sigiloso enmudece para no escandalizar el encanto,
Donde el invierno se olvida de las flores,
Y bebo la copa de la lluvia fría, de las aguas del extravío.

Una noche

Sé que desde la oscuridad a la luz,
saldrá, alguna vez, un ángel caído
Sus ojos son como la bóveda celestial de un otoño ruso
и нет в этом небе огня, pero carece el
cielo del fuego,
и давит меня это небо и гнет – y me oprime este cielo
y me dobla,

Y anunciará tremebundo que no existe salvación.
Detrás de él, una nube de pena.

Canto y final de una historia de inmolación y centurias

Adelante, abre el pecho a las antorchas de la verdad.
Las trompetas aúllan la nueva alerta.
Entre gritos de acero,
Los barcos de la desesperanza braman en la bahía de tus ojos,
que reflejan a una multitud desbocada,
que choca contra las calles,
Como una marejada espumeante que se estrella en el crepúsculo universal.

Los imperios caen de rodillas,
Ululan las sirenas de todas las fábricas del planeta,
crujen las instituciones públicas,
huérfanas de presupuesto y de café de medio día.
El último accionista se vuela los sesos,
Con la pistola rotunda de la estadística.

Los relámpagos desgarran las montañas,
quebrantando la tierra en su ocaso senil,
un discurso de réquiem se transmite en cadena nacional,
donde nuestros próceres lloran lágrimas elementales
Con las promesas secas en la boca.

Todo lo políticamente correcto de derrumba,
y cada noticia engendra padecimientos de hospital público.

Pero tú abre el pecho y detén esta tempestad,
sujeta la tormenta con el espejo de tu espíritu,
ahoga el fuego de los cráneos incendiados,
el de los caballos rojos,

Dobla la espada de la incertidumbre.

Ángeles desempleados, chacales y borrachos de sol cantan himnos sabrosos,
clamando dichosos por el apocalipsis.

Una bandita de música hace bailar a los átomos y protones,
que luego estallan con indiferencia,
bramando en el silencio subterráneo,
y la gravedad se convierte en vagabunda.

Pero tú abre tu pecho a la verdad,
ampara a los millones de obreros que llenan las alforjas del día.
Cubre con tu coraza al cuchillo de los matarifes,
detén el suicidio de amantes desventurados.

Un sol mustio ilumina la última tarde,
Mientras espero el final como el guardia de un palacio abandonado,
mirando el reloj a cada momento,
atisbando en el horizonte la soledad de la materia.

Pero abre tu pecho a las antorchas de la humanidad envejecida.

Abre tu pecho antes del gemir de las trompetas de oro,
antes del crujir de los huesos de la atmósfera huracanada,
antes de romper la cadena agónica de la historia.